

los efectos procedentes de puntos ocupados por los invasores y declaró en 28 de Junio en rigoroso sitio la capital, cesando las autoridades y dejando únicamente la del general en jefe del ejército de Oriente, cuando se supo que el ejército invasor se movía sobre la capital.

Sin embargo de los graves y trascendentales negocios que pedían la pronta reunión del Congreso, entre los cuales se contaban las proposiciones de paz presentadas por el comisionado de los Estados-Unidos, los representantes del pueblo no se presentaban, y tal falta hacía más incierto y temeroso el porvenir; muchos diputados achacaron á Santa-Anna que impedía la reunión del Congreso por aspiraciones á la Dictadura, otros renunciaron en el momento en que más necesarios eran sus servicios y cuando la reunión del Congreso era más urgente, al hacerse más definida la división entre los dos partidos de la paz y de la guerra. Juzgaban los jefes norte-americanos que sería posible avanzar con extrema facilidad, al saber que la revolución era segura en México, perfectamente informados de que existía un poderoso partido que estaba por la paz, al cual contrariaba el que estaba por la guerra; había llegado á los invasores el rumor de que el gobierno iba á quitar á los gobernadores dejando tan solo á los comandantes generales; sabían la falta de recursos y que por todas partes se hablaba de lo que había sido del millon que prestara el clero, y sin dificultad veían claramente en la política seguida la disolución de la sociedad. Aumentándose día por día en Puebla, donde esperaba la resolución del Congreso un agente de los Estados-Unidos, el cuerpo de tropas norte-americanas, llegó á estar ahí el foco de enemigos de Santa-Anna, tanto más temible cuanto que en el periódico «La Estrella Americana» que allí salía, se dijo que Santa-Anna trabajaba por la paz y que aparentemente impulsaba la guerra, con lo cual se logró introducir entre los que por ésta opinaban la desconfianza que es el prólogo de la derrota. Para evitar, aunque ya no era posible, que llegaran á conocimiento del enemigo los detalles de la discordia civil, se prohibió en México toda clase de publicaciones y tan solo quedó el «Diario Oficial» siendo amenazados los infractores con ponerlos á disposición de la autoridad competente; entonces ya no solamente el partido de la paz atacaba á Santa-Anna, sino muchos de los enemigos que le habían concitado los partes relativos á las diversas acciones de guerra, contándose entre esta clase de enemigos los generales Miñón y Uraga.

Una terrible ley sobre desertores fué dada por Santa-Anna tan luego como tuvo seguridad de que se habían movido sobre la capital los norte-americanos; los reos de este delito debían ser breve y sumariamente juzgados en el preciso término de veinticuatro horas y sufrir irremisiblemente la pena de muerte; fué recordada la orden que llamó á todos los mexicanos de diez y seis á cincuenta años á tomar las armas y presentarse á la defensa de la capital, quedando obligado á entregar las armas todo particular que las poseyera. Entretanto, procurando una fracción del Congreso paliar las dificultades, siempre faltaban diputados para integrar el número, lo que empeoraba la situación, pues jamás darán buen resultado los términos medios. Gravísima era también la posición de Santa-Anna tan decidido por la guerra, pues si se integraba el Congreso había que dar contestación á las proposiciones de los Estados-Unidos sobre la paz que ya tenía fuertes raíces y considerables intereses; si no se reunía quedaba Santa-Anna en pugna con los dos partidos, á causa de estar autorizado para obrar según sus facultades, sin que fuera derogado otro decreto por el que se le restringían las que tenía por la Constitución para dirigir la guerra; según esto, si oía al comisionado del Norte con-

trariaba esta disposición y si no le oía se hacía reo porque según la ley fundamental estaba facultado para tratar; entonces acabó de colocarse el General en una posición aun más peligrosa, al resolver que debía tratarse de la paz solamente cuando el éxito de las armas hubiera decidido acerca del resultado de la capital, confiando en los elementos de ésta y en que el general Valencia organizaba cuidadosamente las tropas que componían el ejército del Norte.

Santa-Anna declaró desertor á todo militar que permaneciera entre los invasores así como al que no se presentara á servir y permaneciera en su casa sin orden expresa del gobierno, necesitando rehabilitación del Congreso para poder ocupar algún empleo; á la misma responsabilidad quedaba sujeto todo empleado que pudiendo salir de la población ocupada por el enemigo, no lo hiciera; impulsaba la formación de las tropas y pasó revista al ejército del Norte el 8 de Agosto en la villa de Guadalupe, dirigiéndole una proclama en que hacía grandes elogios del general Valencia, quien le dió un banquete y por las consideraciones que se guardaban parecía inquebrantable la amistad entre ambos. El día anterior 7 había salido de Puebla la vanguardia del ejército invasor incesantemente provisto de gente y de dinero, y durmió el 8 en Rio-Frio, seguida por el resto y ascendiendo toda la fuerza á once mil hombres; tal acontecimiento fué anunciando en la capital el día 9 por medio de un cañonazo, sonó la señal de alarma y la generala, y las músicas dejaron oír toques marciales que hicieron subir el entusiasmo de tantos patriotas que prorumpían por todas partes en vivas á México; á la vez daba Santa-Anna un Manifiesto afirmando su resolución de defender la capital á todo trance, resolución que si no estaba de acuerdo con las prescripciones militares, sí estaba en consonancia con los sentimientos de la mayoría deseosa de que México no sucumbiera sin combatir. Ya había el general en jefe hecho subir el ejército á veinte mil hombres, número todavía reducido para defender el extenso perímetro de la capital y además se carecía de dinero y cañones que existían en corta cantidad. No obstante, aunque sin conformarse á los principios de la ciencia, fué llevado adelante el pensamiento de sucumbir peleando, partido que en aquellas circunstancias era el más honroso que se podía seguir, pues siempre hay mucha grandeza en no abatirse por los rudos golpes de la fortuna, aun cuando hubieran podido evitarse con la prudencia.

Trabajó con empeño la maestranza hasta donde era posible, fundiendo cañones, recomponiendo fusiles y construyendo armamento; la fábrica de Santa Fé daba bombas, granadas, botes de metralla y balas para cañon y fusil, y bajo la dirección del coronel D. Bruno Aguilar fueron construidos aún cañones á la Payxan, iguales á los que tenían los invasores, y eran sacados los recursos de donde se podía, celebrando ruinosos arreglos principalmente con la casa de Mackintosh. Por todas partes levantó el grito de guerra la noticia de esos aprestos y se recobró el espíritu público quedando el partido de la paz arrinconado y confuso. El plan para la defensa de la capital, después de discutirlo con el general Valencia que opinaba por la ofensiva, consistía en resistir en lugares atrincherados cargando el ejército de la Angostura por el flanco cuando fuera necesario, siendo por lo mismo el apoyo principal, y las caballerías mandadas por el general Alvarez hostilizarían la retaguardia. Eran los principales puntos fortificados al rededor de la capital: el Peñon, Chapultepec, Mexicalcingo, San Antonio y Churubusco, la garita de San Cosme, y ninguna obra se notaba por el Norte en cuyo rumbo había de hacerse la defensa en las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo. Fuerte en más de cuatro mil soldados el ejército del Norte, pasó de la villa de Guadalupe á Texcoco procurando estar

listo para llenar con facilidad su cometido de caer por el flanco del enemigo, y quedaron prontas para combatir las brigadas mandadas por los generales Terrés, Martínez, Rangel, Pérez, Anaya, Leon y el coronel Zerecero; además, se hallaban al Sur algunas fuerzas que vinieron á quedar al mando del general Bravo, jefe de aquella línea; la artillería contaba ciento cuatro cañones á las órdenes de los gefes Carrera, Parte-Arroyo, Aguado é Iglesias y habia un número suficiente de ingenieros.

Mandaba en jefe Santa-Anna, teniendo por segundo al general Herrera, y en esos momentos se dió el gratisimo espectáculo de que, aunque por poco tiempo, fueran olvidados los odios políticos; en la bizoña guardia nacional habia los sentimientos de honor y de delicadeza que convierten en valerosos aun á los más tímidos, y fueron á situarse los batallones que componian la brigada del Distrito Federal en el Peñon Viejo, compuesta de los batallones Hidalgo, Victoria, Bravos y otros, en tanto que en el Congreso resolvian los diputados, en una junta, que en el caso desgraciado de que cayera la capital en poder de los invasores se instalarian en Querétaro. Las avanzadas norte-americanas se dejaron ver frente al Peñon en la mañana del 13 de Agosto; fueron reuniéndose las divisiones enemigas en Ayotla donde el gefe Scott estableció su cuartel y envió partidas á recorrer el terreno por Santa Marta y el camino que va de San Isidro á Texcoco, guiándolas algunos bandidos que se llamaban mexicanos; pero haciendo un cambio brusco se dirigió el ejército enemigo á Tlalpam el 17, dejando burladas las esperanzas de los que preveian un ataque por el Peñon; los movimientos del enemigo en número de once mil soldados, no dejaron duda de que intentaba dar el ataque por el Sur, y esta conviccion produjo desfavorable efecto; todas las miradas se dirigieron hácia Tlalpam, Coyoacan y San Angel, regresaron á México las fuerzas que estuvieron en el Peñon y algo de sombrío se notó en ellas al salir erradas las creencias de un ataque por el rumbo espresado. La Division de Valencia pasó á situarse en Padierna, lugar escogido por el mismo general para detener en sus avances á los norte-americanos, no obstante que desaprobaban la eleccion los oficiales facultativos; Santa-Anna le mandó que se retirara á Coyoacan y Churubusco y Valencia hizo observaciones, aseguró que estaba dispuesto á obsequiar el mandato en caso de que insistiera el general en gefe en seguir el plan de defensa, y aun para ello habia dado sus órdenes; pero el 19 entre dos y tres de la tarde se empeñó un combate en el cual fueron rechazados los invasores, entonces soñó Valencia ceñirse los laureles de la victoria y no hizo caso de las órdenes que le repitió Santa-Anna con el ayudante D. Luis Arrieta, á las dos de la madrugada, para que se retirara, clavara las piezas de artillería é inutilizara el parque salvando solamente el que fuera posible, pues Valencia consideró una cobardía y un acto de debilidad retroceder cuando ya sentia sobre su frente la corona del triunfo; bajo la influencia de tales sentimientos rehusó obedecer, y fué derrotado al amanecer del dia 20 sin que Santa-Anna le auxiliara, tal vez porque no creyó posible la victoria, tal vez por no cederla al general desobediente; pero lo cierto es que faltó con tal pérdida la base del plan de defensa y que pudo considerarse desde aquel momento que México estaba perdida.

Aún procuró Santa-Anna organizar la defensa de la segunda linea concentrando las fuerzas en las garitas; mas para efectuar la retirada y salvar en ese dia la capital fué necesario que sucumbieran en gloriosa lucha y cayeran prisioneros los esforzados batallones de guardia nacional Independencia y Bravos, fortificados en el convento de Churubusco al mando de los generales D. Manuel Rincon y D. Pedro M. Anaya, habiendo

muerto allí los valientes Peñúñuri y Martínez de Castro. Tambien fueron defendidos el puente de Churubusco, la hacienda de San Antonio, la de Portales y á las cuatro de la tarde concluyó la desgraciada retirada en medio de espantoso desorden, llegando los norte-americanos hasta las trincheras de la garita de San Antonio. Santa-Anna, ante tan lamentable catástrofe dispuso que se oyeran las proposiciones que venia á hacer por parte de los Estados-Unidos Mr. Nicolas Trist y que fuera negociada una suspension de armas; pidió al presidente del Congreso que citara á los diputados para tratar tan importante asunto, y como en el mismo dia 21 solicitaba el general Scott, situado en Coyoacan, celebrar un armisticio, contestó desde luego el general mexicano que admitia con agrado la proposicion. Quería Scott que no se derramara más sangre y sostenia que ya era tiempo de transar las desavenencias para lo cual proponia el armisticio que ajustaron por parte del gobierno mexicano los generales Mora y Villamil y Quijano, y por parte de Scott los gefes Quitman, Smith y Pierce: se suspendian las hostilidades en el círculo de treinta leguas cuyo centro era México, por el tiempo necesario para las negociaciones ó hasta que el gefe de alguno de los ejércitos avisara formalmente al otro que se renovaban, con cuarenta y ocho horas de anticipacion. Entretanto, ninguno de los dos ejércitos podia levantar obras de fortificacion ofensivas ó defensivas, ni reforzarse, debiendo quedar los refuerzos á veintiocho leguas de distancia del cuartel general, ni podian avanzar destacamentos ó individuos de la linea que entonces ocupaban, á no ser con bandera de parlamento y para asuntos permitidos por el mismo armisticio, y se pactaron otras condiciones respecto á víveres y al cange de prisioneros, á la administracion de justicia y las reglas para facilitar el cumplimiento de lo convenido.

Ratificado el armisticio en 24 de Agosto, fué comunicado á los gobernadores de los Estados, anunciando á la vez en una circular el ministro de Relaciones, que volverian á continuar las operaciones el 7 de Setiembre. El abundante oro que traian los norte-americanos condujo á su campo á los traficantes, sin que valieran nada las prohibiciones relativas ni las amenazas. Convocado el Congreso para tratar el asunto apénas se presentaron veintiocho diputados, y en consecuencia no se hizo más que excitar á los que faltaban para que se reunieran. Santa-Anna dió cuenta á la Nacion de las desgracias acontecidas, enumeró los esfuerzos que habia hecho para que la capital no cayera sin combatir en poder del invasor; habló de la desobediencia del general Valencia á quien atribuyó la falta de éxito de los planes formados; lamentó la desastrosa retirada que habia sido necesario emprender y expuso las razones que tuvo para admitir que se oyeran en Junta de ministros las proposiciones hechas por el comisionado de los Estados-Unidos, opinando porque era un absurdo una guerra perpetua, y amenazó con que castigaría severamente la insubordinacion y la sedicion. El armisticio encontró opositores y como circulaba el rumor de que se pactaban arreglos, protestaron en Toluca algunos diputados contra cualquier convenio que se hiciera sin la ratificacion del Congreso, considerándolo indecoroso además de anticonstitucional, y traidor al que lo concluyera. Las guerrillas en el camino de Veracruz seguian atacando los convoyes, y tambien en Tamaulipas hostilizaban á los extranjeros los gefes Urrea y Canales.

Santa-Anna quiso conocer la opinion de los oficiales en una Junta que convocó en 30 de Agosto; en ella los vocales manifestaron su resolucion de someterse á lo que el general en gefe dispusiera, éste trepezó con las mismas dificultades que ántes para seguir un partido estremo, y tan solo modificó el plan de defensa resolviendo tomar la ofensiva cuando lo considerara conveniente. Los primeros dias del armisticio fueron

empleados por los cinco comisionados mexicanos, que fueron los Sres. Couto, Atristain, Arroyo y los generales Herrera y Mora y Villamil, en conferenciar con Mr. Trist, comisionado para concluir la paz, siendo las conferencias en Atzacapotzalco; mientras tenían efecto no faltaron incidentes graves como el que provino de haber entrado ciento catorce carros de los norte-americanos á sacar de la ciudad víveres, fundándose en el artículo 7º del armisticio; apedreados por el pueblo viéronse obligados los extranjeros á volverse sin el dinero y los víveres que buscaban, cuyo suceso empeoró la difícil posición en que se había colocado Santa-Anna. El comisionado norte-americano presentó un tratado inadmisibile y en la tercera conferencia manifestaron los comisionados mexicanos que solamente pasaria el gobierno mexicano por la cesion del territorio de Tejas y de una parte de la Alta-California, pues nunca cederia tanto terreno como pretendian los Estados-Unidos. Habíase acordado en Junta de ministros entregar á Tejas, pero comprendiendo solamente el territorio hasta el rio de las Nueces, con la condicion de dar por terminadas las deudas que para con los Estados-Unidos tenia México, y quedó resuelto no acceder á la cesion de las Californias y Nuevo-México, á la peticion sobre tránsito por el istmo de Tehuantepec y á la dispensa de derechos á los efectos introducidos durante la guerra; se llegó á conceder una parte de la Alta-California con la garantía de Inglaterra para el cumplimiento de los tratados.

Entonces el comisionado norte-americano pidió que el armisticio se extendiera por cuarenta y cinco dias más hasta que su gobierno resolviera; pero conociendo Santa-Anna que la opinion general aun estaba por la guerra, y que en ese plazo se reforzarian los contrarios y estudiarían mejor el plan de campaña, se opuso á la concesion, diciendo que llamado para defender la República no la dejaria sin combatir. El ministro de Relaciones, Sr. Pacheco, manifestó que era necesario escarmentar el orgullo norte-americano y aseguró que con un esfuerzo general y patriótico se lograría un triunfo que ocuparía brillantes páginas en la Historia y concluía negándose á firmar el tratado. No faltaron personas que se opusieron á las resoluciones de Santa-Anna y su ministro, calculando la imposibilidad para el buen éxito y se convino en convocar una Junta general para consultarla; mas despues cambió de parecer Santa-Anna y pasó una nota á los comisionados mexicanos en 5 de Setiembre, haciéndoles saber que no consentía en la prorogacion del armisticio, ni ménos en la cesion de Nuevo-México, cuyos habitantes habían dado inequívocas señales de que deseaban continuar unidos á México, y en tal sentido fué formulado por Santa-Anna un nuevo tratado. Puede haber influido en las determinaciones del general en jefe la acusacion inoportuna é imprudente que en los dias del armisticio presentó en su contra el diputado Gamboa, señalándole como traidor á la Patria, publicando en el «Boletín de Noticias,» que aparecía en Toluca, una produccion titulada: «Acusacion contra el general Santa-Anna.»

Con este escrito fueron perjudicados los intereses nacionales, pues en momentos tan críticos daba funestos resultados cualquiera causa que fomentara la desunion; las personas instruidas dieron su valor á las razones alegadas para la acusacion; pero entre la multitud fácil para aceptar vulgaridades y seguir las primeras impresiones, fué á producir efectos lamentables que recayeron por consecuencia sobre la Nacion. Dando por sentado el Sr. Gamboa, que había presenciado las batallas que tuvieron lugar en el Valle de México y asegurando que estaba bien informado de los pasos y providencias de Santa-Anna, sostuvo con calor y tal vez con conviccion, aunque dominado por las pasiones, que Santa-Anna había hecho traicion en la batalla de la Angostura y en Cerro-

Gordo, que era traicion haber abandonado á Puebla, haber dejado al enemigo expedito el camino para Venta de Córdoba y Tlalpam, no obstante las advertencias que se hicieron y añadió á la acusacion otros cargos por no haber atacado al invasor en el Arenal, por no haber auxiliado al general Valencia en la batalla del 19, por haber abandonado el fuerte de San Antonio, por haber dejado flanquear el puente de Churubusco sin prestar auxilio y por el armisticio celebrado que calificó de infame; achacaba tambien á Santa-Anna haber empobrecido y arruinado á su Patria no contento con entregarla al extranjero; haber hecho levantar trincheras que de nada habían de servir y, en una palabra, ser causa de la pérdida del territorio, de la nacionalidad y del honor de México, y de haber lanzado á una desventura sin término á todas las clases de la sociedad.

La sola lectura del documento da á conocer cuán apasionado estaba su autor, no siendo posible que distante del general Santa-Anna estuviera al tanto de los asuntos que habían de ser más reservados y de las providencias que dictara; además, ninguno de los que concurrieron á aquellos memorables combates había visto en el campo de batalla al Sr. Gamboa. Sin duda que Santa-Anna erró muchas veces y de una manera irreparable, que no tenía las altas dotes para salvar la difícilísima situacion en que se hallaba México, y que la fortuna le fué contraria; pero de esto á ser traidor hay una distancia inmensa, tanto más difícil de salvar si se tiene en cuenta las veces que en el combate se espuso y el sello de sus intenciones impreso en el empeño y la actividad que desarrolló para cumplir la oferta que había hecho de combatir al invasor. Ante la actitud que tomó y la negativa de pasar por el tratado, declaró el general Scott el 6 de Setiembre que las hostilidades se rompían nuevamente, por haber violado los mexicanos el armisticio levantando obras nuevas y pedia una esplicacion, una satisfaccion y la reparacion del mal destruyéndolas, para lo cual daba el plazo de veinticuatro horas. Santa-Anna negó el hecho y achacó á sus contrarios el haber sido ellos quienes faltaron al armisticio. Desde este momento sonó á arrebato nuevamente la campana de Catedral y por las dos partes se aprestaron á continuar la guerra, habiéndose movido los norte-americanos para establecer en Tacubaya su cuartel general. Al romperse otra vez las hostilidades expidió Santa-Anna un manifiesto el dia 7, en el que aseguraba que era deshonrosa la paz propuesta por los invasores, y se dispuso la salida de todas las mujeres, los niños y los extranjeros cuando ya los campos del Molino del Rey habían sido teñidos el dia 8 con la sangre de los combatientes.

Scott dirigió sus esfuerzos á posesionarse del punto que ofrecía más dificultades y resistencia, que era Chapultepec, porque una vez vencido, la ciudad tendría que entregarse, y creyendo además, que en el Molino del Rey tenía el ejército mexicano pertrechos por estar allí la fundicion de cañones, dispuso que ese punto y el de Casa-Mata, al Noroeste de los Molinos, fueran asaltados y destruido el material de guerra que allí hubiese; como Santa-Anna, variando el plan de estar á la ofensiva, había acordado tomar la defensiva tan pronto como se ofreciera una ocasion, las determinaciones de ambos generales dieron por resultado la batalla del 8 en las lomas de Tacubaya. El dia anterior se formó una línea oblicua apoyada en aquellos dos edificios y protegido el centro por una zanja que guardaba en parte á las tropas; sostenia la izquierda la brigada del general Leon, la derecha la del general Perez y el centro la del general Ramirez, quedando la reserva en Chapultepec, y á una legua la caballería que debía decidir la batalla. Personalmente colocó Santa-Anna esas fuerzas con la tranquilidad que da la confianza en el triunfo, señaló minuciosamente la posición de las caballerías y se retiró

á Palacio. Hasta allí eran aplaudidas por acertadas las medidas tomadas por Santa-Anna, que rodeado de sus ayudantes habia recorrido la línea de batalla generalizando el entusiasmo. Pero el acierto no duró mucho, pues en la noche del 7 fué desbaratada la línea de batalla, llamando Santa-Anna varios cuerpos para que durmiesen en puntos que consideró débiles y amagados, y quedaron casi sin custodia las seis piezas de artillería del centro de la línea, lo que influyó en la pérdida de la batalla dada al rayar la aurora del día 8, en la cual se distinguió el tercer ligero al mando del coronel Echagaray, que consiguió un momentáneo triunfo que animó á todas las tropas.

Dos veces vacilaron los invasores al atacar el Molino, y por tercera vez volvieron á la carga haciéndose general la batalla, en la cual se escusó de tomar parte el general Alvarez que mandaba las caballerías, y cuando se movió no lo hizo por el camino convenido. El coronel del batallon Mina cae atravesado de una bala, tambien recibe grave herida el general Leon, y perdida mucha gente se ven forzados los que quedan á emprender la retirada, dejando algunos prisioneros. Avanzaron los enemigos en seguida sobre Casa-Mata donde muere el valiente coronel Gelaty, y tambien sucumbió ese punto despues de haberlo defendido con valor el general Perez que se retiró. Santa-Anna habia dormido en Palacio y cuando se presentó sobre el campo de batalla á las nueve y media de la mañana, ya la derrota estaba consumada y no era posible reparar los desastres, y así se pudo decir que la batalla del Molino del Rey careció de general en jefe y se redujo á esfuerzos particulares y aislados, hijos del honor y del patriotismo de los que cumplieron con su deber. Se intentó contener al enemigo que continuaba su avance; pero siendo imposible se abandonaron las piezas y las tropas se retiraron á Chapultepec, habiendo salido fallida la creencia de Santa-Anna de que seria atacada la garita de la Candelaria en cuyo punto habia estado esperando.

En seguida bombardearon los invasores á Chapultepec á la vez que amenazaron á las garitas de la Candelaria y Niño Perdido. Santa-Anna situó en los alrededores de Chapultepec todas las fuerzas de que disponia, y dió á la fortaleza algun auxilio haciendo pasar á ella el batallon de S. Blas, fuerte en quinientos hombres mandados por el bravo comandante Xicotencatl, cuyo batallon casi concluyó al resistir el empuje que el enemigo dió dentro del bosque el infausto día 13, muriendo tambien varios alumnos del Colegio Militar; cuando tomaron esa posicion los enemigos, hizo retirar á los reductos de Belen y Santo Tomas las fuerzas; acusó de falta de valor y de pericia al general Bravo, y habiendo abandonado el general Terrés la garita de Belen, fué abofeteado por Santa-Anna quien mandó arrancarle las divisas y la espada y arrestarle, declarándole indigno de servir á la Nacion que le habia prodigado sus consideraciones. Ocupada por el enemigo la garita de S. Cosme, despues de haberla defendido con bizarría el general Rangel, concentráronse las tropas en la Ciudadela y quedó resuelta la desocupacion de México; hubo allí una Junta de guerra en la que se habló de la desobediencia de unos, de la cobardía de otros y de la inmoralidad del ejército en general, señalando como causa de estos males la desorganizacion social, el mal sistema de reemplazos y la carencia de pagas sufrida por el soldado; se hizo presente que faltaban municiones para sostener un día más el combate, y que eran muy pocas las piezas de artillería, además de que nada se podia ya esperar estando reducidos al débil recinto de la Ciudadela, pues defenderse en los edificios de la ciudad seria comprometerla sin esperanza de éxito; en vista de estas razones quedó resuelto unánimemente que en la madrugada del 14 fueran evacuados la Ciudadela y los edificios inmediatos, saliendo para el rumbo de la villa de Guadalupe los cinco mil sol-

dados que aun quedaban mandados por el general Lombardini, nombrado en jefe; allí dividiéronse las fuerzas, dirigiéndose hácia Toluca y al interior el general Herrera con una parte, y Santa-Anna, con la caballería que ascendia á cuatro mil soldados y con cuatro piezas ligeras marchó sobre Puebla; pero aun regresó desde S. Cristóbal cuando se le anunció que el pueblo de México se defendia oponiendo tenaz resistencia que prolongó hasta el día 15. Algunos ciudadanos de la capital se le presentaron en ese pueblo, anunciándole, con exageracion, que la presencia del pabellon de las estrellas habia irritado tanto los ánimos, que levantándose el pueblo en masa tenia reducidas al centro de la plaza á las fuerzas enemigas, y le pidieron que contramarchase lo que hizo en union del general Alvarez.

Regresó Santa-Anna hasta la garita de Peralvillo, dispuso que algunas partidas de caballería recorrieran los barrios y en la citada garita permanecieron fuerzas mexicanas hasta el 16 de Setiembre en la mañana; el general en jefe habia pasado el día anterior un oficio al alcalde D. Manuel R. Veramendi, mandándole que no impidiera el entusiasmo del pueblo y marchó para Puebla despues de expedir en la villa de Guadalupe el decreto por el cual renunciaba la Presidencia y nombraba un triunvirato para el gobierno, que habia de residir en Querétaro hasta que el legislativo resolviera; señalaba para componer el triunvirato al Presidente de la Suprema Corte asociado con los generales D. José J. de Herrera y D. José Lino Alcorta, en sustitucion del general Bravo designado de antemano. Descendido Santa-Anna por su propia voluntad del alto puesto que ocupaba, bajó á la clase de guerrillero y guiado por el deseo de destruir á la guarnicion norteamericana de Puebla, se encaminó hácia esta ciudad. Pero como el decreto que habia dado nombrando el Poder Ejecutivo era inconstitucional y los errores que habia cometido venian á ser imperdonables, fué destituido del mando, precisamente cuando fracasaba en su empresa de hostilizar á Puebla, batiéndole en Huamantla una fuerza norteamericana que le sorprendió. Desde ese momento cayó Santa-Anna en profunda melancolía, al morir con sus esperanzas de triunfo las pocas ilusiones que le quedaban, Habia tenido noticia en Huamantla que algunas fuerzas enemigas con víveres y dinero marchaban para Puebla y dispuso salir con las caballerías á batirlas, dejando en esa poblacion dos cañones; mas sabedor de que una partida de cuarenta invasores se dirigia á tomarlos, comisionó al capitán Villaseñor para que la batiera, y cuando éste se creia victorioso cayeron sobre él ciento cincuenta de los contrarios y le obligaron á huir. Despues quiso desalojarlos Santa-Anna y fué derrotado; el convoy que trataba de capturar entró sin novedad á Puebla, protegido por tres mil soldados que obligaron á D. Juan Alvarez, que fungia de segundo de Santa-Anna, á levantar el sitio formado á la guarnicion norteamericana que en esa ciudad habia quedado.

Al saber Santa-Anna en Huamantla su destitucion, manifestó profundo sentimiento y sorpresa, pues se creia todavia acreedor á consideraciones por el gobierno de Querétaro; se indignó y sostuvo que se volvieran en su contra las personas en quienes voluntariamente habia resignado el mando de la Nacion; aseguró que podia reasumir nuevamente el Poder con solo derogar el decreto por el que habia dimitido, supuesto que no perdía la calidad de Presidente hasta que el Congreso le hubiera admitido la renuncia; hizo varias acusaciones contra el Sr. Peña y Peña considerándole como enemigo personal, y achacándole que en 1845 habia procurado que le fuera aplicada la última pena, sin embargo de lo cual, dijo, habia depositado el Poder supremo en ese señor, no titubeando en sacrificarse por el bien de la Patria; protestó que no prescindia de sus pri-

vilegios al separarse del ejército y del teatro de la guerra, y pidió que su causa fuera con arreglo á las prescripciones constitucionales. Retirado de la política estableció su residencia en Tehuacan, por estar allí su familia, mientras se le contestaba si podia pasar á Oaxaca; provisionalmente entregó el mando del ejército al general D. Isidro Reyes que era su segundo. Allí permaneció hasta que asaltada la poblacion por el general Lane con quinientos voluntarios que llevaban el objeto de apoderarse de Santa-Anna, éste se puso en salvo oportunamente, perdiendo tan solo una parte de su equipaje y del de su familia. Como por entonces se anunciaba ya la conclusion de un tratado de paz, no creyó conveniente ni posible permanecer en la República, y solicitó del gobierno de Querétaro, á principios de 1848, pasaporte para marchar al extranjero, y tan luego como lo obtuvo, así como un salvo-conducto del general en jefe enemigo, se dirigió á la Barra de la Antigua con su familia, escoltado por norte-americanos y mexicanos, y el 5 de Abril se embarcó á bordo del bergantin español «Pepita,» con direccion á Jamaica, despues de recibir en su tránsito hasta la costa, muestras de consideracion por parte de los gefes y oficiales del ejército invasor.

Fué á radicarse á Cartajena, en Nueva-Granada, á principios de 1850; llegó con su familia á bordo del vapor «Tay,» resuelto á establecerse tranquilamente en aquel país, escogiendo para residir al pueblecillo de Turbaco, lugar de recreo; Cartajena estaba entonces muy animada por la exportacion de frutos para los trabajadores del ferrocarril de Panamá. Los santanistas no se dieron por vencidos y siguieron trabajando para hacer regresar á su jefe, llegando á las vías de hecho al pronunciarse el comandante de batallon D. Leonardo Márquez en la Sierra-Gorda el 10 de Febrero de 1849, declarando inválida la renuncia hecha por Santa-Anna, y aunque fué vencido el revolucionario continuaron intrigando los de su partido; el solo rumor de que regresaba el ex-presidente causó profunda sensacion en nuestra sociedad pensadora que calculaba el grado de males que traeria consigo la presencia de Santa-Anna, considerado como el símbolo y bandera de los descontentos y los ambiciosos de bienes personales; la vuelta del general era vista como la señal de los disturbios, de las vías de hecho y como el llamamiento á la anarquía; esto no obstante, llegó á ocupar por séptima y última vez la Presidencia de la República, cinco años despues de su caída y ejerció la Dictadura con el título de Alteza Serenísima.